

## Recordando a Erik Wright: Un utopista real en la teoría y la práctica

Michael Burawoy

*Universidad de California, Berkeley*

Traducción de Jorge Sola

Erik Olin Wright murió poco después de la medianoche del 23 de enero, en el Hospital Froedtert de Milwaukee. Tenía 71 años. El mundo perdió a uno de sus grandes científicos sociales, en su doble faceta de investigador empírico y pensador teórico. Murió como vivió, intensamente. En los diez meses que transcurrieron desde que le diagnosticaran leucemia mieloide aguda no abandonó su inveterado optimismo sobre el mundo que se preparaba, con devastadora tristeza, a abandonar.

Sin saber si el final llegaría pronto, pero consciente de que su vida corría peligro, creó a su alrededor una utopía real, hermosamente descrita en un blog (de las dimensiones de un libro) que cautivó a multitud de seguidores, a menudo hasta la lágrima. Erik, que siempre había registrado su vida, bien a través de la fotografía o la escritura, esta vez la hizo pública.

Cada uno o dos días compartía sus reflexiones sobre la vida y la muerte, refiriéndose a sí mismo, de modo memorable, como “el polvo de estrellas más privilegiado, aventajado, como lo queráis llamar, de este universo inmensamente enorme”. Era uno de esos polvos de estrella que milagrosamente “se habían convertido en materia viva consciente de su propia existencia”. Pero sabía que “esa compleja organización terminará, y el polvo de estrellas que soy se disipará nuevamente en una forma más ordinaria de materia”.

El blog relata los altibajos de su batalla contra los blastos –las células cancerígenas– que estaban atacando su cuerpo y siguieron devorando el nuevo e indefenso sistema inmune trasplantado. Erik describe su fe en los poderes de la meditación para controlar el dolor; evoca la conmoción sentida por un compañero desaparecido de un día para otro, sabedor de que a él le aguardaba el mismo destino; y al mismo tiempo, no se cortaba al hablar de las dificultades que le planteaban las funciones corporales que con tanta facilidad damos por sentadas. Su último post fue sobre el arte de hacer el tonto.

Pero también habló de sus pesadillas: que sus seres más cercanos y queridos se burlaran de su estúpido blog, el temor a que la vida y el amor le hubieran abandonado. En una emotiva conversación con el Doctor Michaelis, jefe del equipo de oncología hematológica y católico confeso, recordó las palabras de Jesús en la cruz: “Dios mío, dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Erik, un ateo marxista, comprendió el significado universal del desamparo absoluto que le rondaba en sueños.

Eso era por la noche. Por el día, Erik abría las puertas de su utopía real a todo el mundo. Escribió sobre la alegría que le proporcionaba recibir visitas. Amigos y estudiantes (antiguos y actuales) se apiñaban alrededor de su cama, escuchaban sus historias y se despedían envueltos en lágrimas.

Pero fue su familia la que siempre ocupó el primer puesto: Marcia, su mujer y compañera durante cincuenta y tres años, sus dos hijas: Jenny y Becky, y sus tres nietos: Safira, Vernon e Ida. Erik tenía una conexión muy fuerte con su madre, que lo adoraba. La visitaba o llamaba casi todos los días hasta que murió en mitad de esos diez meses, sin saber que la vida de Erik estaba en peligro.

Erik no temía a la muerte; pero deseaba, desesperadamente, vivir, estar con sus nietos y disfrutar del éxtasis que le brindaban. Estaba escribiendo una larga carta dirigida a ellos sobre las lecciones de su propia vida, y algunas veces permitía a los lectores de su blog adentrarse en ese santuario interior.

Los ratos en los que se mostraba más animado solían ser aquéllos en los que moderaba seminarios por Skype con colegas o activistas. Reflexionó acerca del significado del marxismo, y a propósito de su último libro –que finalizó en julio, ya bajo tratamiento– sobre cómo ser anticapitalista. Erik raramente se detenía a contemplar, retrospectivamente, sus enormes logros, sino que prefería mirar hacia delante, con la vista puesta en la búsqueda de un mundo mejor. Hasta diciembre todavía pensaba que daría clase en primavera. Y en su recta final le preocupaba el futuro de su departamento, sus estudiantes y el Havens Center que él había fundado.

Como reconoció abiertamente, el blog era su reino de la libertad. Dio sentido a sus últimos meses. Resultó ser un archivo espontáneo de sus múltiples talentos. Pero su reino de la libertad se asentaba sobre un reino de la necesidad que avanzaba poco a poco. Y sin embargo, aún en estas circunstancias, Erik se las arregló para organizar una comunidad de productores asociados, estableciendo una conversación continuada con el equipo médico –los doctores y enfermeras que cuidaban de su cuerpo perforado– sobre sus propias vidas tanto como sobre la de él.

Marcia fue la principal organizadora de ese reino de la necesidad. Estaba disponible las veinticuatro horas del día para cuidarle. Controlaba la escena, organizaba las visitas, supervisaba la medicación, interrogaba a los doctores y dormía en la misma habitación que él. En sus últimas horas, le leyó el último capítulo de *The Clearing*, uno de sus libros favoritos. Compartía todo con él, como siempre había hecho. Incluso cuando él viajaba a algún lugar remoto, se mantenían en contacto a diario. Ahora ella quería que conservara su libertad mental, intentando mantener a raya ese reino de la necesidad. Él habría hecho lo mismo por ella.

Hay mucho más que decir sobre los extraordinarios últimos diez meses de Erik. Nos dio lecciones sobre la muerte y la vida; nos mostró cómo ser un utopista real en espíritu, pero también en la práctica. El blog habla por sí mismo y merece convertirse en un libro. Mis palabras no alcanzan a expresar su poder, su inspiración. Cada lector hallará en él algo distinto, en función de sus intereses y su sensibilidad.

Pero esta maravillosa etnografía de la lucha entre la vida y la muerte no surgió de la nada. Todo lo que puedo hacer es ofrecer una breve historia de este marxista utópico.

#### LLEGADA

¿Por dónde empezar? Es difícil decirlo. Tal vez en la mesa en donde a la hora de la cena cada miembro de la familia Wright relataba lo que había hecho ese día. ¿O fue como estudiante en Harvard, seducido por la elegancia sistémica del funcionalismo estructural de Talcott Parsons? Puede que fuera en Oxford, donde estudió con el gran historiador marxista Christopher Hill y junto al sociólogo y teórico político Steven Lukes.

Quizás fue un marxista utópico de siempre. La película de animación *The Chess Game*, realizada en 1968, expresa los dilemas de la revolución, escenificados teatralmente en un tablero de ajedrez. Su manuscrito inédito, *Chess Perversions and other Diversions*, escrito en 1974, posee un carácter similar. Introduce una serie de modificaciones en las reglas del ajedrez que alteran los intereses creados y tienen consecuencias transformadoras.

“El libro”, escribía en el prefacio, “es una invitación a ese tipo de libertad y deleite que resultan de inventar y desviarse de los caminos trillados. Recorrer un laberinto de un modo eficiente provoca cierta satisfacción, como cualquier rata de laboratorio nos podría confirmar. Pero sólo al experimentador le está reservado cambiar el laberinto”. Remontándose a su juventud, quizás inconscientemente, el último libro de Erik nos muestra cómo cambiar las reglas del capitalismo puede ser, en realidad, una jugada revolucionaria.

Al propio Erik le gustaba fechar su interés por las utopías en 1971, cuando estudiaba en el seminario unitario universalista de Berkeley para evitar el reclutamiento militar. Fue entonces cuando impulsó un seminario organizado junto a otros estudiantes bajo el título “Utopía y revolución”, para discutir las perspectivas de una transformación revolucionaria de la sociedad americana. Fue también por aquel entonces cuando trabajó en la cárcel de San Quentin como estudiante capellán, uniéndose a la organización de activistas para la reforma de la prisión. De ahí salió su primer libro, *The Politics of Punishment*, en coautoría con otros de los presos y activistas de esa cárcel.

Esto le preparó para convertirse en estudiante de doctorado en Berkeley, en los embriagadores días de comienzos de los setenta. En aquellos tiempos, especialmente en Berkeley y especialmente en sociología, los estudiantes estaban más preocupados por cambiar el mundo que por labrarse carreras académicas. El *Free Speech Movement*, la huelga del Tercer Mundo, el movimiento antiguerra o el movimiento por los derechos civiles habían enfrentado al profesorado entre sí, abriendo un espacio para que los estudiantes de doctorado exigieran un mayor control sobre su educación.

Erik y sus compañeros pusieron en marcha sus propios cursos: el más importante fue *Controversies in Marxist Social Science*, que Erik llevaría más tarde a Madison. Fue también un activo participante en el colectivo marxista en torno a la revista *Kapitalstate*, liderada por Jim O'Connor, así como uno de los principales organizadores del “Campamento Rojo”, una cita anual para discutir asuntos acuciantes de la teoría y la práctica marxista.

Más adelante, Erik trasladaría también este proyecto a Madison, donde se conocería como el *RadFest*.

#### EL ANÁLISIS DE CLASE

Erik se convirtió en una figura central en el proyecto intelectual de aquellos tiempos: reinventar la sociología como una disciplina marxista. De ese modo, la tesis doctoral de Erik desafiaba la sociología convencional no en términos ideológicos sino científicos. Demostraba que una reconstrucción de la definición marxista de clase podía explicar las disparidades de ingresos mejor que los modelos existentes de las teorías de la estratificación y del capital humano.

Él y otros pusieron fin, de una vez por todas, a las ideas de “estratificación” (entendida como gradación basada en el estatus socioeconómico) que estaban por entonces en el corazón de la sociología, y situaron en su lugar una noción de “clase” basada en la explotación. En esto anticipó la preocupación reciente de la sociología por la desigualdad social. Podría incluso decirse que la crítica de Erik a la teoría del capital humano contribuyó a la aceptación de las variedades de capital (social, cultural y político, además de económico) de Bourdieu; una vía, por lo demás, muy diferente a la suya.

Al tiempo que desafiaba a la sociología, Erik estaba reinventando el marxismo. La clase media había sido durante mucho tiempo una piedra en el zapato de esta tradición: se suponía que iba a disolverse, pero sólo parecía crecer. Junto a su amigo Luca Perrone, Erik resolvió el problema introduciendo el concepto de “posiciones de clase contradictorias”, situadas entre las tres clases fundamentales: capital, trabajo y pequeña burguesía.

Había tres posiciones de clase contradictorias: los pequeños empleadores, entre la pequeña burguesía y el gran capital; los supervisores y gerentes, entre el capital y el trabajo asalariado; y los empleados semiautónomos (profesionales), entre el trabajo asalariado y la pequeña burguesía. Una vez establecidas estas distinciones conceptuales, continuó aplicándolas al mapa de la cambiante estructura de clase norteamericana. En una pieza temprana, que escribió cuando todavía era doctorando y publicada en la *New Left Review*, desafiaba al gigante marxista Nicos Poulantzas, que había propuesto sus propias categorías, pero sin el rigor empírico o analítico de Erik.

Tras conseguir una plaza de profesor ayudante en la Universidad de Madison (Wisconsin) en 1976, Erik empezó a desarrollar un programa de investigación centrado en el análisis de clase.

Como los cuestionarios existentes no estaban diseñados para capturar sus nuevas categorías, solicitó y obtuvo financiación para desarrollar su propia encuesta nacional, diseñada para ese fin. En un momento de ascenso del marxismo, sus ideas se difundieron rápidamente y enseguida organizó equipos en una docena de países, que realizaron su propio trabajo de campo con encuestas similares. Ni siquiera la Unión Soviética fue capaz de resistirse a entrar en el mundo marxista, pero esa es una historia para otro momento.

El análisis de Erik provocó muchos debates estimulantes acerca del significado de la clase. Gracias a esos debates y en respuesta a las críticas, Erik revisó su esquema a lo largo de los años, algunas veces con pequeños ajustes, otras con cambios fundamentales. Si hay un hilo que recorre su trabajo académico –es más, toda su vida– es su determinación para hacer las cosas bien. Esto no sólo implicó el desarrollo de un diálogo continuo entre reflexión teórica e investigación empírica, sino también la profundización en la lógica interna de sus esquemas analíticos. Se puede trazar la evolución de su pensamiento a través de una serie de libros, empezando por *Clase, crisis y Estado* (1978), al que siguió la publicación de su tesis doctoral, *Class Structure and Income Determination* (1979), y después el giro profundo de *Clases* (1985) provocado por su adopción de la noción de explotación de John Roemer, para luego publicar las respuestas a sus críticos en *The Debate on Classes* (1989).

En *Class Counts* (1997) recapituló los hallazgos del proyecto internacional de investigación y estableció el efecto de la clase en temas como la movilidad intergeneracional, las redes de amistad, las relaciones de género y la conciencia de clase. Su contribución final a este asunto, *Approaches to Class Analysis* (2005), fue un justo reconocimiento de los múltiples enfoques, marxistas o no, del análisis de clase que habían surgido de las ruinas de la teoría de la estratificación.

#### LA CONSTRUCCIÓN DE INSTITUCIONES

La fama de Erik se extendió por todas partes, de modo que en 1984 la universidad le concedió financiación para la creación de un centro para la ciencia social crítica, al que dio el nombre de Gene Havens, un amigo y colega suyo que había muerto poco antes de cáncer de pulmón. El Havens Center invitó a académicos y activistas e invirtió en diversos proyectos progresistas. Durante sus treinta y cuatro años de existencia, un sinnúmero de figuras nacionales e internacionales de la izquierda han visitado el centro, trabajando junto a estudiantes y profesores.

Estos invitados recordarán a Erik no sólo por sus incisivas contribuciones intelectuales, sino por su hospitalidad. Se acordarán de su casa y su cocina, de las salidas a conciertos o al teatro. A través del Havens Center, Madison irradiaba a los rincones más remotos del planeta.

En 1981, Erik se sumó a un grupo de brillantes científicos sociales y filósofos (entre quienes le influyeron especialmente los filósofos G. A. Cohen y Philippe van Parijs y el economista John Roemer). Fueron los impulsores del “marxismo analítico”, conocido más coloquialmente como “*non bullshit Marxism*”, que pretendía a clarificar los fundamentos del marxismo y se caracterizaba por la crítica exhaustiva y feroz del trabajo de cada uno de sus miembros.

Durante las últimas cuatro décadas el grupo ha ido cambiando su composición y se ha desprendido de sus amarras marxistas, pero Erik siempre se mantuvo leal a esta tradición. El grupo, que se convirtió en el segundo hogar intelectual de Erik, fue una fuente de inspiración para su posterior giro hacia los fundamentos morales del marxismo.

El contexto histórico fue la segunda fuente de inspiración. Aún antes del colapso de la Unión Soviética, el resurgimiento del marxismo dentro de la Academia ya había empezado a retroceder. Una vez que el análisis de clase de Erik se convirtió en parte de la ortodoxia sociológica convencional, como muestra su presencia habitual en la lista de lecturas obligatorias, su trabajo atrajo a una bandada de críticos que anunciaban la muerte de la clase (algo que recordaba al “final de las ideologías” de los años cincuenta) y la pluralidad de las identidades.

La sociología dio un giro neoinstitucional y cultural; las lecturas conservadoras de Durkheim y Weber eclipsaron al radical Marx. La cuestión ya no era capitalismo frente a socialismo, sino las variedades del capitalismo. Con la extinción del socialismo realmente existente y el ascenso del neoliberalismo, las alternativas al capitalismo quedaron desacreditadas. Como dijo Fredric Jameson, era más fácil imaginar el fin del mundo que el final del capitalismo.

Desde sus inicios, el marxismo había sido alérgico al pensamiento utópico, pero eso era precisamente lo que requería la coyuntura política ahora. Erik asumió el reto. En oposición directa al neoconservadurismo, formuló una agenda socialista basada en alternativas anticapitalistas, pero cuyas semillas podían buscarse dentro del capitalismo.

## LAS UTOPIÁS REALES

El nuevo proyecto echó a andar en 1991, el mismo año que colapsó la Unión Soviética. Erik inauguró una serie de encuentros para discutir “utopías reales”: no un mundo ideal de cariz especulativo sino alternativas realizables que pudieran construirse dentro de las sociedades realmente existentes. Cada conferencia reunía en el Havens Center de Madison a académicos de varias disciplinas para debatir propuestas específicas.

A lo largo de los años, los encuentros abordaron la democracia asociativa, el socialismo de mercado, la democracia participativa, la renta básica universal y la igualdad de género. Los textos de los encuentros se publicaban en una colección de libros que Erik editaba y prologaba, y que culminó con su propia obra maestra, *Construyendo utopías reales*.

Este libro comienza examinando una serie de patologías del capitalismo: el sufrimiento que crea, la destrucción que provoca, la libertad que deniega, la comunidad que corroe, las ineficiencias que promueve o las desigualdades que genera. El socialismo es necesario para mitigar estos males que el capitalismo produce de forma estructural. Pero la originalidad del proyecto analítico reside en otra parte: la restauración de lo social en el socialismo.

Si los primeros marxismos se construyeron en torno al colapso de la economía capitalista, y los siguientes giraron alrededor de la creación y la crítica de algún tipo de socialismo de Estado, el socialismo de hoy se levantaría sobre la reconstrucción y la revitalización de la sociedad civil, entendida como algo específicamente distinto a la economía y el Estado. Esta exaltación de lo social tenía sus raíces en los escritos del joven Marx y, sobre todo, en los cuadernos de prisión de Antonio Gramsci. Pero también había una convergencia con esa sociología que enfatiza el punto de vista de la sociedad civil.

Esto le condujo a especificar tres estrategias de transformación del capitalismo: las estrategias *rupturistas* implicaban la toma abrupta del Estado (una perspectiva que, en gran medida, descartaba); las *intersticiales* construían alternativas fuera del Estado; y las *simbióticas* se relacionaban con el Estado a través de las luchas en su propio terreno. Al final, su propia respuesta consistía en combinar las dos últimas, creando espacios a la contra del Estado y transformándolos con su colaboración.

En 2012, Erik fue elegido presidente de la Asociación Americana de Sociología, y su congreso anual se convirtió en una plataforma para las utopías reales: incluyó veinte paneles especiales dedicados a propuestas utópico-reales específicas,

cincuenta paneles a temas más amplios pero conectados con las utopías reales y la justicia social, y tres plenarios centrados en las utopías reales en el campo del medioambiente, la igualdad y la democracia.

También se lanzó a la carretera con las utopías reales, visitando universidades que históricamente habían sido negras, instituciones al servicio de la población hispana y la Universidad Gallaudet, donde aprendió a apreciar la riqueza del lenguaje de signos. Dispuesto a no esquivar ningún asunto por difícil que fuera, Erik se obligaba a sí mismo a interrogarse por la inclusión de la raza o la sordera en las utopías reales. Las utopías reales habían inundado la sociología.

Erik devolvió la sociología a sus fundadores –Marx, Durkheim y Weber–, quienes habían tenido menos remilgos que los profesionales actuales en construir sus edificios teóricos sobre valores morales. Erik era explícito al definir el proyecto de la sociología como la comprensión de las posibilidades institucionales para llevar a cabo tales valores. ¿Qué instituciones pueden fomentar la igualdad, la libertad y la comunidad? ¿Cuáles son los atributos distintivos de esas instituciones? ¿Cuáles son las condiciones para su reproducción y su diseminación? ¿Cuáles son sus contradicciones y dinámicas?

Erik exploró el planeta en busca de utopías reales en ciernes, poniendo cada una de ellas bajo su microscopio analítico y elaborando diseños más generales sobre esa base. Algunos de sus ejemplos favoritos eran los presupuestos participativos de Porto Alegre (Brasil), las cooperativas de Mondragón en el País Vasco, y la autoorganización colectiva de Wikipedia.

Erik se convirtió en un arqueólogo, desenterrando instituciones, organizaciones y movimientos sociales con potencial para desafiar al capitalismo, situándolos en su contexto histórico, traduciéndolos a un lenguaje común y, de este modo, conectándolos entre sí a lo largo y ancho del mundo. En virtud de su dinamismo y sus ideologías, la dialéctica del capitalismo genera inevitablemente sus propias alternativas; tan sólo teníamos que captarlas, caminar a su lado, diseminarlas y ponerlas en práctica.

En una ocasión, incapaz de hallar un ejemplo real más adecuado, recurrió a una tira de cómic. En uno de los episodios de *Li'l Abner*, una historieta de finales de los años cuarenta, un habitante de la comunidad rural de Dogpatch descubre una criatura maravillosa llamada “shmoo”, cuya virtud consiste en proveer a los seres humanos de todas las cosas materiales que necesitan; nada de lujos, sólo las necesidades básicas.

La historia comienza con los empresarios compitiendo entre sí por los beneficios, aumentando las horas de trabajo y reduciendo los salarios. Cuando aparecen los shmoo –léase, una renta básica universal– las relaciones capitalistas se ponen patas arriba y los trabajadores de Dogpatch se toman la revancha, burlándose de sus antiguos explotadores.

Erik convierte la historia de los shmoo en una disquisición sobre la estructura de clase capitalista y sus contradicciones. Sabedores del amor de Erik por los shmoo, sus antiguos estudiantes le regalaron un video que empieza con una conferencia de Erik y sigue con la hilarante interpretación que hacen ellos de la tira de cómic.

En los últimos años de su vida, Erik recorrió el mundo hablando de las utopías reales y descubrió lo atractivas que resultaban para los activistas, que mostraban un enorme interés en conectar ese marco ideológico-intelectual con sus propios proyectos. Así que se dispuso a presentar los argumentos de *Construyendo utopías reales* en un formato más accesible y abreviado, eliminando toda cháchara académica, y creó un manual de anticapitalismo. Lo llamó, muy apropiadamente, *How to be an Anti-Capitalist in the 21<sup>st</sup> Century* (en prensa en la editorial Verso).

En el libro, Erik va al grano: ¿Qué tiene de malo el capitalismo en la actualidad? Corroe los valores fundamentales de *igualdad/justicia, libertad/democracia, comunidad/solidaridad*. ¿Cómo revertir este proceso? El capitalismo puede ser *aplastado, desmantelado, domesticado, resistido o eludido*.

Él rechaza la primera opción por ser incompatible con esos tres valores fundamentales y defiende una combinación de los cuatro restantes, a la que denomina *erosionar* el capitalismo, una forma de socialismo evolucionista que consiste en el desplazamiento gradual del capitalismo por la democracia económica. Una de los rasgos más interesantes de su último libro es el modo en que cada capítulo comienza desmantelando el sentido común capitalista según el cual lo que existe es natural e inevitable.

Sus críticos le atacarán, como han hecho antes, por “planglossiano”. Pero Erik respondería diciendo que lo que necesitamos hoy no es sólo optimismo de la voluntad, sino de la inteligencia. “Ser pesimista es sencillo”, lo complicado es ser optimista y realista bajo las fuerzas aplastantes del capitalismo.

En las trincheras de la sociedad civil alegraba escuchar este mensaje positivo, pero sorprendía que proviniese de la pluma y la lengua de un académico. Lo que había aquí era un intelectual rindiendo tributo a los esfuerzos, en gran parte

invisibles, de quienes luchan contra el capitalismo contra viento y marea, soportando insultos y represalias.

#### LA PARTIDA

Erik nos ha dejado una forma de pensar y una forma de ser. Permitidme ser directo. No conozco a nadie que pensara con mayor lucidez, de forma tan convincente y veloz, y con tanta naturalidad como Erik; nadie iba al grano y captaba con tanta efectividad lo que estaba en juego en cualquier debate, artículo o libro.

Amable y convincente como era, exponerse a él te enriquecía y te intimidaba. Se tomaba tus afirmaciones, argumentos o evidencias más en serio que tú mismo.

Cuando debatía con otros nunca recurría a la exageración, la distorsión o la simplificación excesiva. Al contrario, partía de los mejores argumentos de sus oponentes, con frecuencia formulados de un modo incluso más preciso. Hizo ese regalo a la legión de estudiantes a los que enseñó, pidiéndoles también que fueran rigurosos, lógicos e imaginativos, pero no menos importante, que fueran decentes y honestos al dar a los demás el beneficio de la duda.

No podemos ser como él, pero podemos hallar inspiración en su legado, seguir sus huellas y guiarnos por su mapa, rehaciéndolo conforme avancemos.

Su forma de pensar se fundía con su forma de ser. Había algo extraordinariamente inocente en su relación con el mundo. Por esa razón le encantaban los niños, entretenerles con sus historias mágicas. Esto hizo de él un gran teórico: como un niño, era capaz de ir a la raíz de las cosas, para poner en cuestión lo que el resto, habituados al mundo, dábamos por sentado. No sólo leía cuentos a los pequeños, creaba un mundo en el que ellos inventaban sus propias historias e incluso las interpretaban. Le encantaba retorcer las reglas de viejos juegos, como su versión animada de la lucha de clases en el tablero de ajedrez. No tenía libro de recetas, creaba las suyas propias, cocinando platos bajos en colesterol de auténtica fantasía. Fue esa inventiva la que definió su existencia, y también el principio que subyacía a sus utopías reales.

Los valores que abrazó –igualdad, libertad y comunidad– no eran sólo el sustrato de una nueva sociedad, sino los principios morales a seguir. No podíamos esperar al futuro, debíamos demostrar nuestra fe con nuestras acciones aquí y ahora.

Erik procuró ser sumamente igualitario con quienes tenía por debajo, así como con quienes estaban a su altura o por encima. No había un hueso malo en su cuerpo, ni una fibra envidiosa en su alma. Nunca le escuché maldecir: se preguntaba cómo se podía convertir el más hermoso acto de amor en una palabrota. La rapidez y la claridad de su mente le concedían una enorme ventaja en cualquier proceso deliberativo, y aún así reconocía la importancia de regular la participación individual. Podías señalar sus puntos flacos y él se esforzaría, no siempre con éxito, por enmendarlos.

En fin, fue una suerte de Príncipe Moderno, un persuasor permanente, un infatigable organizador comunitario que propiciaba que la gente floreciera o, como diría Marx, que desarrollara sus múltiples y variadas capacidades. Como le decía un antiguo estudiante: “eres siempre tú mismo de un modo que invita al resto a serlo también”. Era un gran director de orquesta no sólo en la vida, sino también en la música. Pero no iba por su cuenta, al final de cada fiesta sacaba su violín y nos hacía bailar a toda velocidad juntos, al unísono. Y no me cabe la menor duda de que, dondequiera que esté, es lo que estará haciendo ahora mismo, como polvo de estrellas que brilla en el cielo.

**Michael Burawoy** es profesor de Sociología en la Universidad de California, Berkeley. Este texto en memoria de Erik Olin Wright apareció publicado en el blog de la editorial inglesa Verso el 28 de enero de 2019. Agradecemos al profesor Burawoy su permiso para la traducción y publicación en *Sociología Histórica*.